



Julià Guillamon
Cerillas Garibaldi



JULIÀ GUILLAMON

Cerillas Garibaldi

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2026

© Julià Guillamon, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal:
ISBN: 979-13-87605-97-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

«Somos un país de quinta o quizá de sexta categoría,
afirmó con evidente satisfacción Ecolampadio Miravittles.»

SALVADOR ESPRIU, «El país moribundo»

«Leí en un periódico que no habría Apocalipsis.
Para celebrar la buena nueva fui a un McDonald's
y pedí una hamburguesa.»

SŁAWOMIR MROŻEK, «Ketchup»

Los Reyes de la talla 28

Terminada la cabalgata, el Rey Gaspar pasa un momento por palacio para preparar unos paquetes que quedan por repartir. Está satisfecho de cómo ha transcurrido la jornada: las dependientas lo han encontrado pasable, con la barba rubia, y no le han hecho sentir que tiene dos mil años. De una bolsa blanca saca un jersey azul marino con una raya roja y dos rayas de color crudo, y se lo enseña a Melchor y a Baltasar.

—¿Qué os parece esto para Ainoa?

Melchor lo mira horrorizado:

—¡Qué dices! ¡Le has escogido un jersey de niña pequeña!

Gaspar abre otra bolsa y saca un segundo jersey, negro, con capucha, esta vez para la hermana de Ainoa, que se llama Montserrat. Entre el dobladillo y el cuello, desde donde sale la capucha, hay menos de un palmo. Los tres Reyes miran la etiqueta: «talla 28».

Baltasar enloquece de pánico. Se imagina la cara de las chicas, que tienen trece años, cuando al día siguiente, por la mañana, en lugar de los jerséis que han pedido, se encuentren dos piezas de ropa infantil.

—¡Ya estás yendo ahora mismo a cambiarlos!

Gaspar mira el reloj: son más de las ocho y cuarto. Se calza las primeras babuchas que encuentra, se abrocha el manto con el cuello de armiño, carga con las dos bolsas y sale del palacio a escape. Es mago, pero sus poderes no le permiten cambiar la talla de la ropa ni hacer que aparezcan de la nada dos jerséis Brandy Melville. Ha de llegar a la tienda antes de que echen el cierre.

Baja a la calle corriendo, tropieza con las babuchas, que le van grandes, y con los faldones del manto. Mira el reloj, angustiado. Si ya han cerrado, buscará otra tienda para improvisar otro regalo. Si todas las tiendas están cerradas, recolocará el regalo de otra adolescente. Echa de menos la época en la que la gente creía más en los Reyes Magos y en la que El Corte Inglés abría hasta media noche para repartir presentes. Mientras las dependientas atendían a la clientela, unos trabajadores retiraban la decoración de Navidad y cambiaban los escaparates para las Rebajas. Ahora, por culpa de Papá Noel, que les ha robado parroquianos, a las ocho y media no se ve ni un alma en ningún sitio.

Gaspar llega a la tienda Brandy Melville congestionado, a punto de estallar. Está tan aturdido que no se da cuenta de que una de las dos puertas está abierta. Se lanza sobre la puerta cerrada y empieza a golpear la reja para llamar la atención de las dependientas.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —se acerca una morenita.

—¡Tengo que cambiar estos regalos! ¡Es una emergencia!

La chica le indica la otra puerta, abierta de par en par. Lleva la corona torcida, el cuello de armiño empapado en sudor. Al entrar en la tienda, se le salta una babucha. Las chicas lo rodean.

—Estos jerséis son así, yo tengo uno igual: va así, entallado —le dice una rubia monina.

—Sí, yo también lo tengo, este negro —dice la morena, que enseña el ombligo—. 28: talla única.

El rey Gaspar sale de la tienda arrastrando el manto. Cuando llega a casa de Ainoa y de Montserrat se bebe el cubo de agua de los camellos. Después, se come el pan. Se deja caer en la butaca con un golpe profundo y, en tres tragos, se zampa la copa de anís del rey blanco, el coñac del rey rubio y el Calisay del rey negro.

El pequeño Twingo

El pequeño Twingo era un coche vivaracho, hijo de Jaimito y de un Seat 600 de color rosa. Nació bajo una col del Salón del Automóvil de París de 1991, con la ayuda de una comadrona, la señora Renault, que llevaba una bata azul (lo que antes se llamaba guardapolvo). Tenía unos ojos muy redondos y abiertos que miraban maravillados las rayas continuas y discontinuas de la carretera, los rebaños de ovejas que pastaban por los prados (que el pequeño Twingo contaba porque le hacía ilusión: ¡dos rebaños!, ¡tres!), los trenes que pasaban (hacía carreras a ver quién corría más: siempre ganaba el tren) y los excursionistas con las mesitas plegables, las tumbonas y, a veces, una tele, que tomaban el fresco después de comer debajo de un chopo (años después, bajo el mismo chopo, se sentaba una señora muy pintada, con una falda muy corta, en una silla de plástico de esas de bar).

Cuando iba a visitar a su abuela (que se llamaba Dauphine y era francesa) el pequeño Twingo siempre cantaba: «Para ser conductor de primera, acelera, acelera» y «Vamos de paseo, en un auto feo». Cuando entonaba esta canción, que se habían inventado años atrás unos payasos de la tele, se fijaba en los otros coches que circulaban a su alrededor. ¡Qué feos eran! Repugnantes, con aquellos ojos de buitres, panteras y serpientes. ¡Y tan negros! O metalizados, ¡si parecían robots! El pequeño Twingo, en cambio, era azul, verde, amarillo o rojo: los alegres colores del parchís. Y tenía cara de emoji, a pesar de que en aquella época todavía no existían los emojis: sólo exis-

tía una tía soltera que le daba al anís (por no decir a otras sustancias) y que se llamaba Smiley.

Por dentro, el pequeño Twingo era también muy alegre. De pequeño, estaba lleno de detallitos azules, verdes, amarillos o rojos: en el volante, en las manijas de subir y bajar los cristales y en la rejilla del aire acondicionado. Al crecer, le fueron cambiando los colores: pasó de ser verde claro, rosa y azul cielo, colores infantiles que combinaban con su cara bonachona, al rojo tostado, el mostaza y el color berenjena, algo más tristes. Le cambiaron un poco los ojos. Le redibujaron la boca. El día que cumplió seis años, salió la serie limitada Élite. En el momento de soplar las velas del pastel, estaba rodeado de cinco modelos muy guapas y pechugonas, con vestidos cortos de color plata, cada una llevaba en el vestido una letra de la palabra É-l-i-t-e. El pequeño Twingo miró cómo iba él vestido. No se lo podía creer: ¡era de color gris metalizado! Las modelos lo consolaban, enseñando los muslos y, con el dobladillo de la falda plateada, le secaban las lágrimas que manaban de sus ojazos. Le decían que no se podía ser un niño toda la vida, que ya tenía 16 válvulas y que también se puede ser divertido y metalizado.

Pasó por el marrón, el verde, el azul y el burdeos, metalizados y relucientes, cada vez de más mala gana. El día que lo vistieron de negro, la pataleta fue de las que hacen época. «¡Basta ya!», gritó la señora Renault, arreándole un sopapo. En el Salón de París de 2008 se presentó el Twingo II, con la misma cara de musaraña de todos los demás coches.

Una conversación con san Quirico

Al final del camino veo a un hombre con una túnica hasta los pies y sandalias. Pienso que debe de ser un vecino musulmán, pero, al acercarme a él, descubro a un señor con lo que se llama un perfil griego (una gran nariz recta que arranca desde la frente).

–Buenos días. ¿No tiene calor, con tanta ropa?

Hace un calor inquietante.

–La tela está cada vez más fina y me entra un poco de aire por debajo –responde el hombre, que, arrastrando los pies con las sandalias, levanta una nube de polvo.

–Pero, usted es... ¡san Quirico! ¿Qué hace usted en este camino? Pensaba que lo habían torturado y decapitado de niño, en Tarso, Cilicia, en la época de Diocleciano. Constató, con satisfacción, que ha llegado a viejo y que está en buena forma, a pesar de los años. Tiene la misma cara que en unas aleluyas que compré en el Rastro, aunque con barba y arrugas.

–Ya sabe que, junto con mi madre, Julita, soy el patrón de esta villa. Durante décadas, la gente nos ha querido y celebrado y, gracias al amor de los vecinos, hemos llegado a esta edad, impropia de mártires cristianos.

–Pues estará usted contento. Es uno de los grandes momentos del calendario litúrgico: ¡la octava de Corpus! La gente participa en el pasacalle, cada día le toca a un barrio organizar la verbena. La fiesta tiene un tufillo pagano. Pero ya está usted curado de espantos y no creo que lo viva como un drama.

–En confianza: me gustaba más la fiesta de antes –le dice san Quirico–. Cuando tocaba por las calles, la banda combinaba

armónicamente trompeta y fiscorno. Ahora abusa del tambor y parece un desfile militar.

El santo se apoya con la mano en una roca junto al camino y aterriza suavemente en ella con las nalgas.

—Le noto fatigado —le digo.

—Es que apenas he dormido. Con los ayuntamientos democráticos han proliferado las fiestas en el centro urbano. Antes, cuando terminaba el pasacalle, la banda tocaba unas cuantas piezas y acababa, ritualmente, con un vals, un chotis y una polca. A la una y media o las dos estaba todo el mundo en la cama. Hoy, en cambio, la fiesta arranca a la una y se prolonga hasta las seis de la mañana. La plazoleta se convierte en un embudo amplificador que dispara la música contra las casas. No he podido pegar ojo. He salido ahora un rato, a que me dé el aire. ¿A usted le parece bien que cada año se arme esta escandalera? En el pueblo viven personas mayores, enfermos, padres con niños que no pueden o no quieren ir a la fiesta.

—Querido san Quirico, ¿no ha leído usted las opiniones del antropólogo Manuel Delgado? Sostiene que fiestas y revoluciones han de romper las estructuras establecidas y zarandear a la gente. Pues eso es justamente lo que pasa, auspiciado robóticamente por los ayuntamientos, que pretenden quedar bien con la juventud. No está usted solo. Esta semana san Eliseo Profeta, santa María Micaela y san Gregorio Obispo han vivido situaciones parecidas.

En el cruce de la fuente nos separamos: él hacia el monte, yo hacia el pueblo.

—Recuerdos a su madre, la señora Julita.